

ADOLESCENCIA Y SOCIEDAD. LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD EN TIEMPOS DE INMEDIATEZ

CECILIA VÁZQUEZ * , JAVIER FERNÁNDEZ MOUJÁN *

* Universidad Maimónides, (Argentina)

vazquez.cecilia@maimonides.edu



Resumen. Se denomina adolescencia a un proceso del desarrollo humano que se da entre la salida de la infancia y la entrada en la adultez. Además de los cambios físicos que se manifiestan en esta etapa, ésta implica la construcción de una nueva identidad a la vez que una renuncia a la identidad infantil. En este intermezzo el joven experimenta una vulnerabilidad comparable a la de la langosta en la transición de cambio de caparazón (Dolto, 1989). Esta transición se da en un contexto, por lo que cada sociedad produce un tipo de adolescente. A partir de los cambios sustanciales en los modos de ser y estar en el mundo de las últimas décadas, surgen nuevos interrogantes: ¿Existe la adolescencia bajo estas coordenadas socioculturales? ¿Qué particularidades singularizan a los adolescentes de hoy y en qué aspectos las redes sociales terciarian en su producción subjetiva? A través del análisis del impacto del declive de las instituciones, el discurso hegemónico del mercado, el vacío que produce la ausencia de un lazo que permite la identificación de un nosotros como pueblo, (Lewkowicz, 2004), el protagonismo de las redes sociales en los nuevos modos de vinculación, el culto a la imagen y las nuevas concepciones de tiempo y espacio, se intentará dar respuesta a estos interrogantes.

Palabras Claves. Adolescencia – Sociedad – Identidad – Comunicación – Redes sociales

Abstract. Adolescence is a process of human development that occurs between childhood exit and entry into adulthood. In addition to the physical changes that occur at this stage, it involves the construction of a new identity while a waiver of child identity. In this intermezzo the young undergoes a vulnerability comparable to lobster in the shell change transition (Dolto, 1989). This transition occurs in a context, so each type of society produces a teenager. From the substantial changes in the ways of being and being in the world in recent decades, new questions arise: Is there adolescence under these cultural coordinates? What is special in teenagers today and how social aspects and networks influence their subjectivity? We will attempt to answer these questions through analysis of the impact of the decline of institutions, the hegemonic discourse of the market, the gap that produces the absence of a loop that allows the identification of us as a people, (Lewkowicz, 2004), the role of social networks in new ways of linking the cult of image and new conceptions of time and space.

Keywords. Adolescence - Society - Identity - Communication - Social Networks

Enviado.01-01-2016 | **Aceptado.** 25-03-2016

El presente trabajo consiste en el análisis del impacto de los nuevos escenarios sociales en la subjetividad de los adolescentes entendidos como condiciones en las cuales nuestros jóvenes desarrollan su proceso de individuación.

En esta sociedad que está en permanente cambio -y que en las últimas décadas se ha modificado paradigmáticamente el estilo de vida de sus integrantes- se encuentran los adolescentes. La adolescencia en sí misma

implica vulnerabilidad y es allí donde más se hacen sentir las nuevas condiciones. Durante esta etapa de transición en el desarrollo humano, se produce una serie de cambios que implican un proceso de renuncia de la identidad infantil por la construcción de la identidad de adulto. El joven adolescente se va despojando de la capa protectora familiar de la que se compone esta identidad primaria y se asoma al mundo adulto en carne viva para construir -a

prueba y error- ante la mirada de sus pares, su nueva identidad.

En este proceso la Mirada del Otro juega un importante papel. Por un lado por su condición subjetivante, actúa como base constitutiva del ser que para desarrollarse necesita verse y aprobarse a través del Otro; primero será la madre, luego el mundo. Y por otro lado, ese ser que hoy está en proceso de construcción de su propia identidad, es un ser que mira como nunca antes había mirado y que al mismo tiempo es mirado como nunca antes. La mirada del Otro hoy es más amenazante, por lo intrusiva y exigente.

Sociedad Actual: Los nuevos escenarios.

Es cierto que el mundo es siendo por lo cual, denunciar que se está produciendo un cambio social no es una novedad para nadie. Sin embargo, estamos asistiendo a un cambio que afecta sustancialmente los modos de ser y estar en el mundo (Corea y Duschatzky, 2002). El declive de las instituciones, la imagen como factor determinante en la obtención de logros o su inevitable contrapartida: no ser; y la inmediatez como modalidad, son factores encadenados fundantes de estos cambios.

El declive de las instituciones

Si por un momento nos detuviéramos a pensar en la década del 50, podríamos identificar un discurso único compartido generador de significaciones y modos de ser de esa época. El

discurso hegemónico del Estado era el de ser un orden simbólico articulador que comprende a todos por igual bajo la figura de ser ciudadano de un Estado benefactor. Esto implica para este ciudadano, además del reconocimiento de un poder único impartidor y regulador del orden social, una pertenencia a un nosotros instituido junto a un monto de certezas: un futuro conocido y anticipable.

En las últimas décadas el mercado desbordó las fronteras nacionales, dando origen a la globalización. A medida que el mercado se empodera sin reconocer fronteras, las naciones se desdibujan y la figura del ciudadano, como soporte subjetivo de los Estados, fue quedando vacía de representación.

Este fenómeno produce un nuevo concepto al que Ignacio Lewkowiz (2004) denomina Estado técnico-administrativo. Junto a la conversión de los Estado-nación en Estados técnico-administrativos – enuncia el autor- se da la conversión de los ciudadanos en consumidores.

El mercado

En la década del 80 los principios del mercado impregnaron la cultura y todos los ámbitos de la sociedad. La consigna de la época es vivir en “Busca de la Excelencia” (Peters & Waterman, 1981) como camino obligado para la obtención del éxito. “Liderar el mercado” es la mayor aspiración y el éxito es considerado sólo bajo una acepción más cuantitativa que cualitativa.

Valiéndose de los beneficios de los avances tecnológicos y los medios masivos de

comunicación, el marketing pasa a ser el gran protagonista, que con propuestas innovadoras liquida -y licúa- los tiempos sólidos. Las estrategias de mercadeo a través de su herramienta estelar, la publicidad, y los medios masivos de comunicación como soporte, apuntan a la creación de nuevas necesidades. De esta manera los productos y servicios ofrecidos pasaron a convertirse en promesas de felicidad eterna, cuya “clave del éxito” es que al ser adheridas al deseo inconciente de los consumidores, jamás se agota. (Esther Diaz, 2005)

El impacto en la subjetividad

Pues bien, en esta sociedad post-estatal y bajo estas nuevas condiciones, ya sea ciudadano, consumidor u homo eligens, como lo llama Bauman (2007) hay un sujeto que se constituye en y de la misma. Ese sujeto único, no puede ser pensado sin el contexto social, ni viceversa. Su “sí mismo” se construye y se inscribe en una cultura con una concepción típica de un tiempo y un espacio, en estrecha interacción con los demás. En este caso, bajo los designios del mercado.

¿Qué sujeto surge de este desacople, qué experimenta, qué desea? El mercado por definición necesita del consumo constante. Para esto se requiere la producción de nuevas necesidades. Su alimento es la búsqueda de satisfacción del deseo muchas veces disfrazado de “obtención de un producto imprescindible para la existencia”. Sin embargo, aquello que hoy es imprescindible, mañana será reemplazado.

Esa es su dinámica. (Bauman, 2007; Castoriadis, 1997; Deleuze y Guattari, 1972; Lewkowicz 2000; Lipovetzky, 1986). Este mandato social es percibido como una amenaza constante para el sujeto que siente que sus potencialidades están en peligro si no se cumple su regla básica, hay que consumir no importa dónde, ni cómo, ni qué. “El capitalismo tardío ha sometido el deseo de las masas a una organización que está al servicio del consumo por el consumo mismo”. (Deleuze y Guattari, 1972 p.199-200)

¿Y el que no consume? El mercado sólo nombra al consumidor, el que no consume queda excluido de esta lógica: “Los preceptos de vida de las leyes escritas y no escritas de los mercados sólo pueden ignorarse a riesgo personal y suele castigarse con la exclusión” (Bauman 2007, p.89); operación social que Cristina Corea y S. Dustchatzky (2002) prefieren denominar expulsión - otorgándole así un carácter móvil al incluir en la denominación a la fuerza que lo hace posible.

En forma desapercibida, el discurso del Estado-Nación es reemplazado por el discurso del Mercado. Este ya no nombra a todos por igual, sino sólo a los que consumen. Los sujetos comienzan a perder la pertenencia a ese “nosotros” y la protección simbólica que les otorgaba el ser parte de ese pueblo.

Se produce así un vacío de sentido al que Beatriz Sarlo (2001) expresa como “pérdida de discursos que nombren a los sujetos y les asignen un lugar en la sociedad”. Esta crisis, por ende, acarrea una crisis del proceso

identificadorio. Al respecto, Cornelius Castoriadis (1997) afirma que en el discurso que la sociedad sostiene de sí misma, en la representación, hay un pretenderse como esa sociedad; una investidura tanto de la colectividad como de las leyes por medio de las cuales esa sociedad es lo que es. El autor hace foco en la instauración de tres dimensiones –representaciones, finalidades y afectos- que se lleva a cabo por todo tipo de instituciones haciendo que se instituya cada vez un tipo antropológico específico: “el florentino del siglo XV no es el parisino del siglo XX, en función de todo lo que es, piensa, quiere, ama o detesta”. Sin embargo, la colectividad no es eterna, lo que es investido como eterno por sus miembros es el sentido que se le da a partir de tales significaciones. Para el autor el problema de la crisis de los procesos identificatorios es que hoy el sentido, socialmente, no está en ninguna parte.

El mercado va introduciendo una nueva alteración en los modos de existencia. Desde que éste ostenta una lógica cuya temporalidad es la velocidad, la subjetividad “mercantil” debe adaptarse a condiciones que varían permanentemente. En tanto Peters y Waterman (1982) hablaban de innovación y flexibilidad como las novedosas claves para éxito; Zygmunt Bauman (2003) irrumpe con el concepto de modernidad líquida: en la que el sujeto requiere de una identidad flexible para integrarse socialmente y adaptarse a la realidad mutante que le toque experimentar en su devenir: “Lo pequeño, lo liviano [...] significa ahora progreso [...] aferrarse al suelo, puede resultar

positivamente perjudicial, mientras las nuevas oportunidades aparecen en cualquier otra parte”. (ibid, p. 63).

A su vez, dentro de las nuevas condiciones sociales y culturales debemos considerar especialmente a los nuevos modos de vincularse que surgen de una nueva práctica:

Estar conectados a la red

Las redes sociales son el tipo de web que más minutos de navegación registran. De los países latinoamericanos, Argentina tiene el horario promedio más alto. En el año 2012 se registró un total de 28 millones de usuarios de internet en Argentina, lo que implica una penetración del 68%, la más alta de la región.

Entre la diversidad de usos que se le da, hoy Internet es la fuente de información más consultada del mundo, en primer lugar. Le siguen las comunicaciones por correo electrónico, mensajería y chats – conversaciones a través de las redes sociales, Facebook, y Twitter- , y las videoconferencias por medio de Skype. También es utilizada para descargar música, películas, libros y otros archivos; para acceder a información de empresas e instituciones, públicas o privadas, realizar pagos, hacer trámites y transacciones bancarias, subir información a la red, videos o fotos al mismo tiempo que acceder a ésta; jugar en línea; publicar productos o servicios, comprar y vender productos o servicios, leer los diarios de todo el mundo, acceder a sus archivos y volcar una opinión; realizar reservas aéreas, de hoteles, de

espectáculos y museos y recorrer variedad de ciudades en forma virtual. Es una indiscutida herramienta de trabajo y año tras año, se incrementa su uso en el área de educación de todos los niveles, al punto que es posible hacer carreras universitarias y posgrados a distancia. También es posible crearse una segunda vida, habitar una sociedad virtual y mucho más.

Ya nadie podría dudar que internet ha ocasionado un cambio sustancial en la vida de los sujetos. Es más, estas mismas acciones que mencionábamos y que hoy nos pueden resultar tan obvias, implican tal vez, uno de los cambios más profundos que jamás haya experimentado el ser humano: los dos ejes que por definición han operado como marco del sujeto en su historia, han devenido inciertos: Espacio y Tiempo.

Espacio y Tiempo

Espacio

Como en una película de ciencia ficción, el espacio se ha contraído –o ampliado. El impacto de este fenómeno es observable en todos los ámbitos sociales. Internet ha habilitado un nuevo espacio que no está ni adentro, ni afuera; no es un lugar específico, pero es muchos lugares al mismo tiempo. Para su mejor comprensión, imaginemos una reunión a la que asistan todos los gerentes de una multinacional, desde sus despachos locales. ¿Dónde se estaría llevando a cabo esa reunión? ¿En el despacho de cada uno de los concurrentes, de los cinco continentes? ¿O en el ciberespacio? Lo cierto es que hoy, un

padre que se va de viaje puede estar más conectado con su hijo que cuando están bajo el mismo techo, las despedidas ya no son tan despedidas, ni los reencuentros tan reencuentros.

En esta misma línea, y como adelanto del próximo apartado plantearemos un nuevo interrogante: Cuando un adolescente se queda “encerrado” en su habitación, chateando con un grupo de amigos toda una tarde... ¿está encerrado? Cuando encontramos en una mesa de un restaurante a una pareja, cada uno manteniendo una “conversación” –porque aunque se trate de mensajes escritos, y no se escuche ninguna voz, igual se denomina conversación- con otras personas; ¿dónde podemos decir que están realmente, en ese restaurante, en alguna otra parte o en los dos lugares a la vez? Y cuando su interlocutor –quien está del otro lado del teléfono, claro- pueda ver el plato pedido en el mismo instante que los presentes, –porque recibió una imagen por Instagram- en esa mesa, si es que hay alguien, cuántas personas hay? ¿Dos, tres, cuatro?

Y por último, ¿Qué está lejos y qué cerca? ¿Aquello que está a 200 mts y sin conexión o a 20.000 km y on line?

Tiempo

También podemos concebir que existió un tiempo estatal, aquel que suponía una temporalidad lineal que traía implícita la idea de progreso orientada hacia el futuro, y también, tiempo mediante, un principio de autoridad y

saber: Aquel que sabe porque ha vivido una experiencia, goza de respeto y autoridad porque puede hacer un valioso aporte a otras generaciones al transmitir ese saber y experiencia. [...]

Y por otro lado, de un tiempo nuevo, o no estatal. ¿Cuáles son las características de este tiempo nuevo? La velocidad y la inmediatez: El no tiempo. El poseedor de la información ya no es quien más se ha instruido, o quien más ha vivido, sino quién tiene más a mano un dispositivo para acceder a toda hora a la información de todo el mundo. Para ilustrar la alteración en los modos de vida que implica este sencillo acto, veamos un ejemplo ilustrativo, que si bien es extremo, no deja de ser verdadero:

Viajemos imaginariamente hasta los tiempos del Virreinato del Río del Plata, allá por el siglo XIX. Supongamos que el Virrey emprende una comunicación epistolar con su superior, el Rey de España. La carta escrita de su puño y letra, tomaría unos tres meses en llegar en barco, y otros tres meses demoraría la respuesta desde otro lado del océano. Podríamos calcular que esta comunicación se completaba, en el mejor de los casos, en seis meses. Pues bien, el mundo entero se movía a esa velocidad. Bajo esas condiciones nos es fácil imaginar tiempo para la cordialidad, los encuentros, la planificación, la educación y la familia.

Veamos ahora otro ejemplo sin tener que alejarnos tanto en el tiempo. Hace apenas 30 años, en Buenos Aires, realizar una reserva en una compañía aérea era un desafío que podía

tomar toda la jornada de trabajo de un empleado de una agencia de turismo. En primer lugar, teníamos que “esperar el tono”, conseguir que no esté ocupada la línea y que un asistente de reservas atiende antes que se corte la comunicación. Esto implicaba una cantidad de intentos que hoy supera nuestra imaginación, de varias horas y también días. Si en una jornada sólo se podía realizar una operación, sólo había una preocupación, un tema en la agenda, una gestión por vez. El avance tecnológico de las telecomunicaciones ha permitido agilizar la transmisión de mensajes de manera tal, que en la actualidad cuando comenzamos nuestra jornada laboral -lo cual tenemos posibilidad de hacer desde casa, la calle, el subte- y abrimos un dispositivo conectado a la red, la cantidad de mensajes que esperan respuesta no sólo supera ampliamente la capacidad que tenemos de resolverlos en un solo día, sino en muchos casos, de leerlos. En cuanto a la reserva aérea, la hace el mismo pasajero on line, luego de elegir el precio y el horario más conveniente de toda la oferta del mercado, abona el pasaje e imprime su boarding , todo en menos de un minuto.

Las acciones ahora nos llevan tan poco tiempo, que el concepto proceso de a poco es sustituido por el de instantaneidad, nada más ni nada menos que la supresión del tiempo mediante. El alcance de esta concepción es de tal significación que hoy en nuestra sociedad, especialmente para los jóvenes, todo aquello que no puede resolverse con un click para muchos pasa a categoría de imposible.

Nuestros jóvenes, nativos digitales.

Retomando a la sociedad como moldeadora de identidad - recordemos que la construcción de una nueva identidad yoica es una de las tareas más significativas que produce el joven durante la adolescencia- echemos un vistazo a la sociedad en que se desarrollan nuestros adolescentes de hoy. Estos son los jóvenes que nacieron en la última década del siglo XX, que crecieron con las premisas y creencias de los padres que en general transitaron por su escolaridad durante los años de gobierno militar y completaron su adolescencia en el primer período de gobierno democrático que siguió a la dictadura. A pesar de haber nacido con un Estado debilitado, en una etapa de creciente globalización, el discurso seguía operando desde el seno familiar por ser éste el discurso conocido y vivenciado por sus padres. Por otro lado esa generación atravesó su adolescencia en los años ochenta, la década en que el marketing, los medios de comunicación y la publicidad plantaron su bandera como símbolo de conquista de la nueva era: la era del consumo. Las nuevas familias se conformaron con el nuevo sello, los sujetos desde la cuna fueron blancos de las estrategias de mercadeo. Ya no hay una ley integradora que nombre a todos como ciudadanos de una nación; sino una ley del consumidor que nombra sólo a quienes consumen. La tendencia a disolución de los lazos que sostenían la trama social, sumado a la imposibilidad de pensarse en un futuro anticipable, hace que se pierdan las representaciones que permitían la ilusión de ser

parte de un nosotros. Ante esta crisis identificatoria, se erige el mercado salvador que propone llenar ese vacío con promesas de satisfacción. Cada marca ofrece una fórmula para la felicidad y acceder a las propuestas del mercado signa la diferencia entre ser o no ser.

Los adolescentes de hoy, también llamados nativos digitales, son jóvenes que nacieron con dispositivos tecnológicos al alcance de su mano, los cuales constituyeron su modo de vincularse. Crecieron con nuevas concepciones de tiempo y espacio. No necesitan adaptarse a la inmediatez ni al devenir caótico, porque éste es su mundo.

La adolescencia

A nadie podría resultarle una difícil tarea diferenciar a un niño de un adulto, cualquier persona podría incluso dar una definición simple de cada una de estas etapas, las que se explican por sí mismas, pero en el caso de la adolescencia, para definirla se lo hace en función de los procesos que un joven realiza en su traspaso.

La realización de estas tareas está supeditada a las características de la época en que al adolescente le toque vivir, amén de su particular situación familiar, de lugar, de género, de clase social. Veamos algunos ejemplos:

En las sociedades primitivas, la adolescencia abarca un instante representado por un ritual de paso de una etapa de la vida a otra en la cual se accede a la sexualidad activa, se adquieren responsabilidades y poder dentro de la tribu. En

esos casos la pubertad marca el fin de la infancia y el comienzo de la vida adulta. En épocas en las que la expectativa media de vida era de 30 años podríamos asumir que una vez que el niño puede valerse por sí mismo ya adoptaría una vida de adulto. Con la extensión en las expectativas de vida, comienzan a surgir nuevos grupos etarios, entre ellos los jóvenes y los viejos. En las sociedades desarrolladas también existieron ritos de iniciación: unas décadas atrás usar pantalones largos, comenzar a fumar, ir a un prostíbulo, eran hitos en el pasaje hacia la edad adulta en el varón y maquillarse, usar medias de seda y tener novio, lo eran en la mujer. Sin embargo no es sólo una cuestión de épocas (Efron, 1998; Obiols, 2000; Urresti, 2000) Podemos encontrar también sociedades con un rito de pasaje como los ejemplos que describe Obiols (2000): desde un período de alejamiento de los púberes de sus aldeas, seguido de un bautismo, una circuncisión o alguna otra ceremonia de marcación corporal. Los miembros de estas sociedades pasan casi sin transición o con alguna mínima extensión temporal, directamente desde la infancia a la adultez. “Históricamente esto se ha dado así y lo inusual es que haya sociedades con juventud. Adolescentes y jóvenes, entonces, serán todos los que una sociedad considere como tales”. (Urresti, 2000)

Igualmente Françoise Dolto, (1990) desde una óptica psicoanalítica europea, ubica un cambio conceptual a partir de la segunda guerra mundial explicándolo en estos términos:

“Antes de 1939, la adolescencia era contada por los escritores como una crisis subjetiva: uno se rebela contra los padres y las obligaciones de la sociedad, en tanto que, a su vez, sueña con llegar a ser rápidamente un adulto para hacer como ellos. Después de 1950, la adolescencia ya no es considerada como una crisis, sino como un estado. Es en cierto modo institucionalizada como una experiencia filosófica, un paso obligado de la conciencia (p.45)”.

Para la autora sería la era posindustrial la que permitió desarrollar y extender la adolescencia a buena parte de los jóvenes. ¿Por qué no a todos? Porque los jóvenes pertenecientes a sectores de bajos ingresos o campesinos quedan fuera de este proceso, para ellos la entrada en la adultez es brusca.

Si consideramos a la adolescencia como ese intermezzo entre el inicio de la pubertad y el ingreso al mundo adulto, ya sea por medio de la emancipación o la adquisición de responsabilidades laborales que lo inserten socialmente, es fácil imaginar que los jóvenes de sectores de bajos recursos, expuestos al trabajo infantil, los embarazos a edades tempranas y la necesidad de autoabastecerse por falta de adultos que los sustenten, tienen impedida la posibilidad de esta moratoria.

En definitiva, para que podamos comprenderlos, más que juzgarlos, tenemos que contextualizarlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir.

Para cerrar el tema y tomando el pensamiento de Urresti (2000), estamos en condiciones de afirmar que si vamos a utilizar la edad para

definir la adolescencia, “ésta nos sirve en el sentido que tener una edad y no otra, supone haber sido socializado en un momento histórico determinado, ser hijo de una coyuntura y darle un tipo de relieve temporal a la propia experiencia”. Y en un segundo análisis podríamos ir aún un poco más allá y dejar asentado el carácter variable de la presencia de esta etapa en una composición social. De acuerdo a lo que vimos, por estar su existencia sujeta a ciertas condiciones culturales, comenzando así a poner en duda su manifestación en la actualidad.

Adolescencia como crisis

De la variedad de configuraciones que ha presentado la adolescencia -como etapa, como rito, o instante- el agente fundante indiscutido, es el cambio.

Desde la óptica del modelo presentado por Octavio Fernández Mouján, el joven pierde todo nexo con lo que fue. Este ser, desidentificado, es un ser en situación, sin pasado, sin premisas, sin conocimiento previo, “suelto” en un campo participativo, donde lo única sujeción es la identidad grupal.

Este adolescente deambula por los espacios que le brinda el ambiente, mostrándose con mutaciones permanentes y “múltiples identidades”, sin aferrarse a ninguna. En esta búsqueda que se da en un vacío de antiguas representaciones determinantes y verdades prestadas; vivencia la experiencia junto a sus pares, en situación sin preceptos.

A su vez esta experiencia se da en una era de vacío (Lipovetzky, 1986), de un sujeto fragmentado (Lewkowicz, 2000), de extimidad (Sibilia, 2008). Una sociedad que no es dadora de sentido, está desidentificada. Por otro lado, no admite categorías ni clasificaciones porque éstos sólo son posibles en referencia a algún punto fijo. Hoy, como dice Lewkowicz, no tenemos puntos fijos, sino más bien dos variables variando a la vez, es decir, nada. Ahora podemos comprender que la adolescencia como crisis vital es una desnudez de representaciones adquiridas y podemos inferir que como tal está incrementada su condición vulnerable e influenciabile. A partir de estos supuestos analizamos cuáles son las características que detenta el adolescente de nuestra contemporaneidad. O, mejor dicho, qué es “ser adolescente” en nuestra sociedad. Para esto nos tenemos que referir a una etapa de crisis identificatoria que se produce en una sociedad que fue pronunciada en crisis identificatoria.

La identificación, un imprescindible en la construcción de identidad

La identidad es una construcción subjetiva en la cual el Otro es condición de posibilidad. Su configuración se va diseñando por medio de un proceso de identificaciones que el sujeto realiza desde los primeros años de vida y se delinea en su historia en relación con los otros. Es por un lado un sí mismo único y también puede ser varios nosotros acorde con los roles que se asuman socialmente. La identidad que distingue un grupo o comunidad de otros y una

individualidad de otras, no es estática, va cambiando y supone alteridad, al darse por la experiencia con los otros –diferentes- en el tiempo.

Como vimos, no hay modo de eludir la impronta social en la subjetividad. Ahora bien, cuando aquello que imprime la sociedad es una cultura de consumo: ¿qué mejor blanco bajo la mira de los publicistas que los adolescentes? Indudablemente no hay nada más oportuno que ofrecerle una identidad a quienes se están despojando de la propia. Lo que aquí se produce, en palabras de Javier Fernández Mouján (2011), sería un “abuso social”, ejercido por una sociedad que muestra su lado perverso al “captar –con extrema puntería- las debilidades de los adolescentes para utilizarlos en lo que cree es su propio beneficio”, quedando convertidos de este modo, en sujetos u objetos de consumo al servicio de la misma.

¿De qué modo se produce esto? En el reposicionamiento subjetivo que implica el abandono de las viejas representaciones por nuevas, en este movimiento entre las identificaciones y des-identificaciones propias de esta crisis, resulta funcional para los medios masivos imponer un modelo que sirva de guía. Y del mismo modo que Lacan expresa en El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (1949); el adolescente debe ser entendido como un cuerpo fragmentado que precisa de una imagen ortopédica que le dé una unidad. Así como cuando bebé constituyó la identificación primaria frente a su imagen

especular, se podría decir que el adolescente experimenta con el mismo narcisismo la imagen especular que le devuelve el espejo de la mirada del Otro –sociedad.

Erikson señala que “en esta etapa los jóvenes sienten gran preocupación en cuanto a la percepción que los demás tengan de ellos respecto a lo que ellos mismos sienten que son. Buscan proyectar la propia imagen y oírse en los otros con el fin que se refleje y se aclare gradualmente, lo cual los ayudará a constituir su identidad” (p.235).

La mirada aprobatoria, por lo tanto, no sólo otorgará al niño la confianza necesaria para autoafirmarse en los primeros años, sino que también le facilitará integrarse socialmente al ser validado por sus pares.

¿Qué es lo que hoy validan o aprueban sus pares? Estar dentro de los cánones que estipula el mercado por medio de sus “estructuras perversas” (Fernández Mouján, 2011), entendidas éstas como aquellas que sacan provecho del estado de fragilidad de los adolescentes, induciéndolos a un consumo que es ofrecido como vital.

La mirada del otro

Jean Paul Sartre (1966) en su análisis sobre la mirada –análisis elogiado y retomado por Lacan- indica que quien contempla el mundo es el punto central de aquello que lo rodea: “las cosas están allí solo para mí, esperando que yo las organice. Pero todo cambia a partir del ingreso de otro”.

Porque ese nuevo objeto se convierte él mismo en un centro de organización de las cosas desde el momento que mira. Este Otro no sólo desplaza al sujeto de su lugar de privilegio y se apropia de su universo que ahora se organiza en torno de él, sino que al mismo tiempo, porque observa, convierte al sujeto observado en objeto. Sólo me apercibo de la realidad del otro, de que es un sujeto como yo, cuando me mira y me convierte en un objeto visto. El punto central de este ser-visto consiste en que, cuando me sé mirado yo no miro al otro porque mi intencionalidad no se dirige hacia él sino hacia mí expuesto a su mirada. Para Sartre, el hombre se encuentra con su mismidad en esta experiencia. “Nos reconocemos tal como somos porque sabemos que el otro nos está mirando”.

Hoy nuestra sociedad nos permite entender a las redes sociales como la mirada del otro actual en su condición de principio estructurante de la identidad en el proceso de los adolescentes en la sociedad postestatal.

Un adolescente argentino se conecta a Internet varias veces al día, todos los días. Los dispositivos conectados a la red les permiten a los jóvenes conectarse y desconectarse; decidir cuando quieren ser visibles y para quién. También pueden explorar y experimentar el mundo a través de una navegación sin límites en las redes, manipular la realidad, invadir la “privacidad” –pública- de otros, diseñar una página, imponer o censurar contenidos, fundar una comunidad, establecer reglas y decidir quién puede ser parte o no de ella. (Winocour, 2009)

De este modo la conectividad opera como nuevo elemento de emancipación. Estos nuevos medios de independencia de la familia anticipan un horizonte ajeno a los padres, aun estando bajo el mismo techo. (García Canclini, 2006). De alguna manera la web le ofrece a los jóvenes el único espacio en el que pueden sentirse libres.

Tiempo atrás los adolescentes se reunían en el club, en la calle o en las plazas. En estas interacciones iban moldeando sus gustos. Internet les ha dado nuevos espacios y oportunidades de encuentro. Los chicos hoy seleccionan y publican lo que quieren que otros vean sobre sí mismos y el feedback de su producción es inmediata: pueden ver en forma instantánea la repercusión de sus publicaciones, la aprobación de lo que son, sentando los cimientos de la construcción de su “sí mismo” por medio de indicadores cuantificables. La cantidad de likes y seguidores- con potestad de refuerzo positivo- parece marcarles el rumbo correcto hacia la integración. La imagen que les devuelven estos múltiples espejos, ya sea aprobando o reprobando su publicación les indicará -de ser necesario los ajustes que deben realizar para lograrla. De esta manera, a prueba y error, avanzan en su propia construcción de sí. Para construir el perfil -igual que la identidad- se necesita del Otro.

Los jóvenes también exploran los perfiles ajenos convirtiéndose en jueces a la vez que los utilizan como vara para medirse. Esta altísima exposición es experimentada en un estado de permanente ansiedad: no se puede bajar la guardia. Actualizar el perfil, enviar un twitt para

dar cuenta de la propia existencia, narrar la propia historia por medio de acciones –siempre felices- es un arduo quehacer, sin embargo no se puede evitar. Freud señala en *El malestar de la cultura* que la cultura tiene la función de remediar el sufrimiento que implica las relaciones entre los hombres, pero como los métodos que utiliza la cultura son coactivos, la cultura se convierte en una nueva causa de sufrimiento. Es decir: en ella el hombre no puede ser completamente feliz pero sin ella no puede sobrevivir. Pues bien: esta es la cultura de nuestros adolescentes. Es probable que tener que realizar estas acciones los agote. Sin embargo sienten que no pueden elegir, no hacerlas los dejaría fuera.

Por otro lado, la imagen en sí misma ha cobrado un valor determinante. El mercado además de imponer a cada hora los objetos indispensables para alcanzar la felicidad, también impone un modelo de belleza, ingrediente necesario para lograr “el éxito” La imagen ha logrado ocupar un lugar tan protagónico en la vida de los adolescentes, que así como hasta hace unos pocos años las personas tomaban una fotografía para recordar un momento feliz, ahora los chicos recrean un momento feliz con el fin de tomar una fotografía para poder mostrarlo. No importa si se sienten felices, lo importante es mostrarse como tales.

Por eso los chicos hacen una selección minuciosa de qué mostrarán de sí mismos, porque con cada publicación se construye su propio relato, una identidad que se construye sin tiempo mediante. Lo que antes era un largo

proceso, ahora como en un circo romano, los likes juzgan en forma instantánea. Pero un resultado no esperado tampoco es grave, con la misma velocidad se puede cambiar el rumbo.

Paula Sibilia (2008) expresa que en la sociedad del espectáculo ha habido un deslizamiento del tener al parecer:

“Si no se muestra, si no aparece a la vista de todos y los otros no lo ven, entonces de poco sirve tener lo que sea.[...] En esta cultura de las apariencias cada vez más, hay que aparecer para ser. Si nadie ve algo., es muy probable que ese algo no exista”.

Estar visible en Internet es la prueba de existencia, estar desconectado equivale a volverse invisible. (Winocour, 2009)

Conclusiones

Cada sociedad, acorde a coordenadas específicas temporo-espaciales y condiciones que le son propias, produce una “adolescencia” que le es particular. Por lo cual pensarla, exige un forzoso análisis sociológico.

Nuestra sociedad –suelo de constitución subjetiva- transita una crisis que en tanto pasaje de una totalidad articulada a un devenir no reglado, la convierte -en palabras de Lewkowicz- en devenir caótico.

El recorrido desde la lógica estatal hasta la hegemonía del mercado torna comprensible que en tiempos lineales la emergencia de una moratoria social (la adolescencia), que permita a

los jóvenes dedicarle tiempo a su formación, capacitación y madurez, resultara necesaria para que éste pueda “hacerse” un lugar en la sociedad. Entendiendo este lugar como un buen puesto en el campo laboral, que además de darle posibilidades de progreso y de proyectar un futuro, le proporcionaría una identidad. Esta posición en el entramado social le garantizaba un buen porvenir, seguridad y la posibilidad de ser parte de un nosotros: integración social. En tiempos de bonanza, con una universidad prestigiosa y valorización de la educación, el joven elegía de una bandeja de posibilidades que le ofrecía la mesa del futuro. Es decir, podía decidir, planificar y tener la certeza que podría llegar al lugar correcto por medio del esfuerzo en la dirección correcta. La metáfora de la mesa no es azarosa; una mesa supone estabilidad.

En la sociedad actual ya no hay bases estables; las ideas, la fluidez; la liviandad, la delgadez, la flexibilidad y la capacidad de adaptación cotizan más alto que el saber y la experiencia. Este es el contexto en que ha crecido esta generación llamada Generación I (de Internet) o nativos digitales por otros, por haber nacido en una época de un significativo despliegue tecnológico de comunicaciones satelitales. Bajo este escenario, las definiciones en las que se incluía la concepción de moratoria para ingresar a la vida adulta, dejan de nombrar a la adolescencia.

¿Qué particularidades singularizan a los adolescentes de nuestra contemporaneidad y en qué aspectos las redes sociales tercián en su producción subjetiva?

En primer lugar, el desarrollo de las telecomunicaciones que líneas arriba mencionamos, acarrea una singularidad: Los dispositivos con conexión a internet han batido los records de todos los bienes de consumo en cuanto a su corto ciclo de vida. Son perecederos. Un nuevo modelo que deja obsoleto al anterior es lanzado al mercado mucho antes de haber sido saturado. De la lógica de la fugacidad se desprende el primer rasgo: La inmediatez. (Como modalidad para obtener lo que sea).

A su vez, cada actualización cibernética arroja consumidores –ya no ciudadanos, claro- al vacío. Si bien esta afirmación puede resultar desmesurada, es así como lo viven los adolescentes. A modo de ejemplo: no poder acceder a Skype es como no ir al club; no tener whatsApp puede provocar desde llegar solo a una fiesta que fue cancelada, hasta la silenciosa desaparición en un grupo sin que nadie lo haya notado. Y esto marca un segundo rasgo: La constante amenaza de invisibilidad.

Ricoeur decía que la mismidad estaba dada por el nombre propio y la ipseidad por las narraciones reales o ficticias de una historia de vida. Pues bien, los jóvenes narran su propia historia, cuentan y se cuentan la historia que les permite seguir perteneciendo, acumular likes y seguidores. Pero al mismo tiempo es común escucharlos llamarse por su nick que pasó a ser su nueva identidad habiendo reemplazado al nombre propio, “lo inmutable”. Pueden pasar horas chateando con amigos de los que no conocen los nombres, es que tampoco es un

dato relevante. Otro rasgo es entonces la identidad líquida.

Otro fenómeno que promueven las redes sociales es el alcance de la transmisión de las modas juveniles. Por un lado, los jóvenes han ampliado su red de amigos a partir de las mismas. Es común encontrar adolescentes que se ven por primera vez y que se tienen en sus listas de amigos. Por medio de Internet, los amigos y los amigos de los amigos, conforman una red de jóvenes que tienen acceso a la misma información y se transmiten expresiones, fotos, twitts, “modas”. Hoy todos los jóvenes que comparten una misma lengua comparten su cotidianeidad, la red los une a todos. Otro rasgo es la conectividad.

Por otro lado, la Mirada desde siempre constituyó un componente activo en la subjetividad, actualmente en la llamada “era de la imagen”, la apariencia ha devenido mucho más determinante. Otra particularidad es la exposición.

Si tenemos en cuenta a Internet como fuente de información, no podemos dejar de mencionar la repercusión que la deslocalización del saber supone en la implicancia simbólica en cuanto a las relaciones con los adultos. Podemos mencionar entonces la horizontalidad en el acceso a la información como una peculiaridad actual.

Resulta indiscutible que la vida social de los jóvenes hoy, tal como lo afirma Morduchowicz, se mueve entre dos esferas: la virtual y la real. Ellos entran y salen de ambos espacios sin

distinguir sus fronteras ni tampoco está definido que en uno se esté adentro o afuera. O sí, pero es forma inversa a lo que los adultos juzgan. Cuando se ve a un adolescente desconectado de la realidad, expresión utilizada con frecuencia para referirse a los jóvenes; ellos están conectados, están adentro de la red. Estar adentro implica pertenecer. Cuando un joven no está conectado a las redes sociales, cuando está plenamente conectado al mundo real, está fuera de lo que está pasando en el universo de los jóvenes.

Coincido en este aspecto con Morduchowicz en que ningún joven se pregunta cuáles son las fronteras que marcan el final de un mundo y el comienzo del otro porque en realidad nadie advierte la necesidad de separarlos: ambos forman parte de la vida.

Así la realidad virtual es cada vez menos virtual y más realidad. Tengamos en cuenta que virtual tiene por sinónimo los conceptos irreal, imaginario y aparente, pero también probable, eventual y potencial. En los comienzos de internet, el uso de la misma era nombrado por el primer grupo de términos. Sin embargo, si nos remitimos al campo de la experiencia, vemos que hoy se deja nombrar por el segundo, que admite lo posible. Los jóvenes pueden moverse dentro de un círculo de amigos, sin embargo cuando participan de algún evento masivo, muchos de los que nunca se han visto, se llaman por su nick, conversan, lo hacen como si llevaran años conociéndose porque conocen los gustos, preferencias y los amigos que tienen en común.

Experimentan simultáneamente lo público y lo privado.

A su vez, los jóvenes se consideran amigos de quienes mantienen contacto frecuente. Yo pertenezco a una generación que durante largos períodos, especialmente el verano, se perdía contacto entre muchos amigos sin embargo éste nunca fue un motivo que hiciera peligrar la amistad. Hoy cuando los “amigos” no se conectan con continuidad en menos de un mes esta categoría podría entrar riesgo. Es decir, el contacto virtual es aquello que le confiere autenticidad a las relaciones entre los jóvenes.

¿Hoy existe la adolescencia? – Una categoría bajo sospecha.

Habiendo esbozado algunos rasgos que singularizan el tipo subjetivo que conforman quienes experimentan la adolescencia bajo estas coordenadas socioculturales, se antepone en urgencia de respuesta un nuevo interrogante: ¿qué sería hoy entendido por adolescencia?

- *En referencia a otras etapas.* Pudimos ver que las definiciones de adolescencia sólo se hacían posibles enmarcándola entre la niñez y la adultez. La adolescencia representa un intermezzo, dijimos, entre ambas. En tanto se haya entrado en la pubertad y no estén dadas las condiciones que hacen que un sujeto sea considerado adulto, es adolescente. Cabría preguntarse en este sentido, qué representan hoy la niñez y la adultez.

Desde el momento que éstas hoy no pueden ser definidas con los viejos parámetros, la adolescencia como representación queda desinvertida.

- **Como moratoria o preparación para la edad del saber: la adultez.**

Entre las líneas del presente podremos hallar que se ha consensuado que un adulto es un sujeto que se ha emancipado, que está en condiciones de asumir un monto de responsabilidades, que tiene una cierta cantidad de vivencias que lo hacen suponer poseedor de un saber, que a su vez en quien transmite ese saber y desde ese lugar ejerce poder sobre los no adultos. Un adulto supone además un sujeto con una identidad definida, un monto de certezas y que goza de cierta estabilidad. Por algún motivo durante varias décadas esta etapa fue a la que se esperaba ansiosamente. Basta con recordar los juegos predominantes en las niñas: jugaban a la mamá, a la maestra, a la vendedora y se disfrazaban como tales. Si ahora observamos a las niñas pequeñas, cuando desarrollan algún juego simbólico –es decir, si no están jugando en red- juegan con sus Barbies, ideal de belleza inalcanzable, eternamente joven a la que le compran ropa y accesorios. La diversión aquí es vestir las a la moda. Cuando ellas mismas se disfrazan, eligen vestirse de adolescentes o imitar a alguna artista juvenil. Sin dudas, la edad de privilegio a

la que se espera llegar y la que cada vez cuesta más dejar es la adolescencia, así también lo expresa Obiols. Pero el tema que aquí nos preocupa es otro: la adolescencia supuesta como una etapa camino a la adultez, hoy no la define.

- *En referencia a su carácter de transición*
¿Podríamos conservar las antiguas definiciones de adultez? ¿Cómo podría ser definido un adulto en permanente incertidumbre, que es atrapado en los designios del mercado, que vive en la inmediatez, que se jacta de un saber que no es aplicable, que no puede proyectar a largo plazo, no experimenta estabilidad y mucho menos certezas porque el contexto no lo habilitan para tales estados? ¿Cómo sería una identidad adulta? Me atrevería a argüir que el adulto tal como lo conocemos está dejando de existir. En tal caso, si tomamos las definiciones de la adolescencia en la que se la considera una etapa de transición hasta la edad adulta, como tal, también queda bajo sospecha.

La experiencia subjetiva en condiciones no regladas, este nuevo estatuto de una humanidad sumergida en la incertidumbre, parece indicar que la adolescencia ya no es una etapa transitoria sino una modalidad permanente. Un nuevo modo de ser y estar en el mundo. O, en palabras de Javier Fernández Mouján (2007) refiriéndose a la adolescencia tardía: “Crisis existencial permanente.”

Por otro lado, si en el contexto social actual la incertidumbre, la inmediatez, la fluidez nombran una crisis, que en palabras de Lewkowicz es una crisis que llegó para quedarse, sería auténtico concebir que ya no podemos hablar de crisis, sino de modalidad contemporánea.

En tal caso, si el razonamiento de la ausencia del carácter transitorio nos inhabilita a pensar en una crisis, ya no tenemos parámetros ni categorías, sólo podemos vivir “en situación.” Como los adolescentes. A esto llamo yo cambio sustancial.

Referencias

- Aberastury, A., Konobel, M. (1985). *La adolescencia normal*. Buenos Aires. Paidós.
Aires. Paidós.
- Balardini, S. (2006) Impacto y transformaciones de la cultura escolar ante la inclusión de las tecnologías de la información y la comunicación. *Tecnología y subjetividad juveniles*. Centro Cultural del Teatro Municipal General San Martín. Julio 11, 2006.
- Bauman, Z. (2001). *En busca de la política*. Buenos Aires. FCE.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México. FCE.
- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbres*. Madrid. Tusquets
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2013). *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Castillo, A.; Lucero, M., & Gasquez, M. (2010). Aproximación al discurso juventud como construcción sociohistórico-cultural. *Ultima década*, 18(33), 43-58.
- Castillo, P. (2013, mayo) La Identificación en Freud y en Lacan y sus implicancias para la comprensión de la hegemonía y contrahegemonía ideológica. *Conferencia Bianual de la Sociedad Internacional de Psicología Teórica (ISTP)*, Santiago, Chile. Mayo 7, 2013 –
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*. Capítulo VIII. La crisis del proceso identificador. Buenos Aires. Ed. Eudeba

- Corea, C., Duschatzky, S. (2002). *Chicos en Banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires. Paidós.
- Del Cueto, A., Fernández, A. (1985). *El dispositivo grupal*. En: Lo Grupal 2. Buenos Aires. Búsqueda.
- Deleuze, G., Guattari, F. (1972) *El Anti-Edipo-Capitalismo y Esquizofrenia*. Barcelona. Paidós.
- Díaz, E. (2005) *Posmodernidad*. (3ª Ed). Buenos Aires. Biblos
- Dolto, F. (1989). *Palabras para adolescentes o el complejo de la langosta*. Buenos Aires. Atlántida.
- Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes*. Barcelona, Seix Barral.
- Doufour, D. (2011). *Revista Versión. Nueva Época. Estudios de Comunicación y Política*. UAM. Año 20. Nro 28. Diciembre 2011.
- Durkheim, E. (1989) *La División del Trabajo Social*, México: Premia.
- Efron, R. (1998). *Adolescencia, pobreza, educación y*
- Erickson, E. (1958) *Infancia y sociedad*. Buenos Aires. Hormé.
- Espinosa, R.; Koremblit, M. (2007) Adolescencia y tecno-culturas, *Ateneo general de APdeBA* el 6 de noviembre de 2007.
- Fernández Mouján, J. (2007) ¿Adolescencia tardía? *Actualidad Psicológica*, XXXII, 351
- Fernández Mouján, J. (2011) La adolescencia como riesgo. *Actualidad Psicológica*. 394.
- Fernández Mouján, O. (1989) *Crisis vital. Un modelo de transformación en Psicoanálisis y psicología social*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Fernández Mouján, O. (1994) *La creación como cura*. Buenos Aires. Paidós.
- Freud, S. (1905 [1901]). Fragmento de análisis de un caso de histeria. Caso Dora. En: *Obras Completas. Volumen VII*. Buenos Aires. Amorrortu
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras. En: *Obras Completas. Volumen VII*. Buenos Aires. Amorrortu
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. Buenos Aires. Amorrortu. En: *Obras Completas. Volumen VII*. Buenos Aires. Amorrortu
- Freud, S. (1906-1908). El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen y otras. En: *Obras Completas. Volumen IX*. Buenos Aires. Amorrortu
- Freud, S. (1908) Sobre las teorías sexuales infantiles. En: *Obras Completas. Volumen VII*. Buenos Aires. Amorrortu
- Freud, S. (1910) Cinco conferencias sobre psicoanálisis, Un recuerdo infantil de
- Freud, S. (1910-[1909]) Cinco conferencias sobre psicoanálisis. En: *Obras Completas. Volumen XIV*. Buenos Aires. Amorrortu
- Freud, S. (1914) Introducción al narcisismo. En: *Obras Completas. Volumen XIV*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1914-1916) Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En: *Trabajos sobre metapsicología y otras obras*.
- Freud, S. (1915) Pulsiones y destinos de la pulsión. En: *Obras Completas. Volumen XIV*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1920) Más allá del principio de placer. En: *Obras Completas. Volumen XIII*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1920-1922) Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y
- Freud, S. (1921) Psicología de las masas y análisis del yo. En: *Obras Completas. Volumen XIII*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1923-1925). El yo y el ello, y otras obras. (1923). El yo y el ello. En: *Obras Completas. Volumen XIX*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1927-1931) El porvenir de una ilusión. En: *Obras Completas. Volumen XXI*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1929-1930) El malestar en la cultura. En: *Obras Completas. Volumen XXI*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Frigero, G.; Diker, G. (coord.) (2006) *Infancias y adolescencias. Teorías y experiencias en el borde. Cuando la educación discute la noción de destino*. Buenos Aires. Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.
- Fromm, E. (1978). *¿Tener o ser?* México D.F. FCE.
- Galende, E. (1997) *De un horizonte incierto. Psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual*. Buenos Aires. Paidós
- Gomes da Costa, A. (2000). El educador tutor y la pedagoga de la presencia. En: Tenti Fanfani, E. (comp.) *Una escuela para los adolescentes*. Buenos Aires. UNICEF. Losada.
- Hirschman, A. (1986) *Interés privado y acción pública*. México. FCE
- jóvenes de clases populares. Tesis doctoral defendida en 12/2011. Université de
- Jung, C. (1974) *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Buenos Aires, Paidós.
- Kossoy, A. (2011) Trayectorias subjetivas y construcción de identidad social de
- Lacan, J. (1946) *El estadio del espejo. Escritos 1*. Buenos Aires, Siglo veintiuno.
- Laplanche, J., Pontalis, J. (1997) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.
- Leonardo da Vinci, y otras obras. En: *Obras Completas. Volumen XIV*. Buenos Aires. Amorrortu
- Lewkowicz, I. (2004) *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos
- Lewkowicz, I. y Grupo Doce (2000) *Del Fragmento a la situación*. Buenos Aires

- Lipovetsky, G. (1986) *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona. Anagrama.
- Morales Campos, E. (2004) Internet y sociedad: relación y compromiso de beneficios colectivos e individuales. *Revista Digital Universitaria [en línea]*. Vol. 5, No. 8. [Consultada: 11 de septiembre de 2004].
- Morduchowicz, R. (2012). *Los adolescentes y las redes sociales: La construcción de la identidad juvenil en Internet*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Obiols, G. y Di Segni, S. (2000). *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Buenos Aires. Kapelusz.
- Peters, T., Waterman, R. (1988). *En Busca de la Excelencia*.
- Quiroga, S. (1999). *Adolescencia: del goce orgánico al hallazgo de objeto*. Buenos Aires. EUDEBA.
- Rasovsky, J. (1995) *Consumismo, desencanto y moral social*. Buenos Aires. Criterio
- Ricoeur, P. (1996) *Sí mismo como otro*. Madrid. Siglo XXI
- Ricoeur, P. (1996) *Tiempo y Narración*. Tomo III. México. Siglo XXI
- Roudinesco, E., Plon, M. (2008). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.
- Sarlo, B. (1998). Reflexiones sobre el lugar de la educación en el campo de la cultura. En A. Birgin, I. Dussel, S. Duschatzky y G. Tiramonti (comps.). *La formación docente. Cultura, escuela y política. Debates y experiencias* (pp. 35-38). Buenos Aires: Troquel.
- Sarlo, B. (2001) *Punto de vista N° 70*. Buenos Aires.
- Sartre, J.P. (1966) *El ser y la nada*. Buenos Aires, Losada
- Sibilia, P. (2008) *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires. FCE
- Stone, J., Church, J. (1977) *Niñez y adolescencia*. Buenos Aires. Hormé.
- trabajo*. Buenos Aires. Losada.
- Urresti, M. (2000). Cambio de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela. En: Tenti Fanfani, E.(comp.) *Una escuela para los adolescentes*. Buenos Aires. UNICEF. Losada. Versailles Saint-Quentin, Yvelines. Francia.
- Winnicott, D. (1972) *Realidad y juego*. Barcelona. Gedisa.
- Winnicott, D. (1980) *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires, Hormé.